

No, joven, las cosas no fueron como dicen. De haber sido el designio de la Virgen, lo habríamos aceptado, pero Tlacotalpan no se inundó solito. Así comenzó todo, como cualquier otra fiesta de la Candelaria, la espera del 1 de febrero y la embalsada de los toros. En mi casa, además de la tienda de artesanías que usted ve, también rento tres cuartos solo durante la fiesta de la Candelaria. El año de “la inundación” recibí a tres parejas, dos de mayor edad y la tercera, unos franceses muy jovencitos, hombres los dos. A estos no les vi ni el pelo desde el 31 de enero del 2010, día en que llegaron. Los únicos que se salvaron del 1 de febrero fueron las otras dos parejas porque dijeron que “odiaban esa tradición” tan “vergonzosa” de nosotros, de perseguir, hostigar y torturar toros, así que preferían irse a comer a Alvarado y pasar allá el resto de la jornada. Cuándo se iban a imaginar que no volverían a Tlacotalpan por sus cosas y que serían de los pocos afortunados, como yo, en haber sobrevivido, ojo, no a la mentada inundación, sino al descuartizamiento que ocurrió en este pueblo. En la ribera contraria al pueblo de Tlacotalpan, seis toros cebú fueron amarrados a los lados de la piragua para atravesar el vasto Papaloapan: 7 de la mañana y todas las casas, sus portales, negocios, iglesias y el palacio ya están desde el día anterior bien protegidos por sus trincheras de maderas; 11 de la mañana y la gente ya anda con su paliacate rojo al cuello y copa en mano; mediodía y el griterío comienza. Los novillones son soltados y la muchedumbre enardece como lo ha hecho desde hace más de dos siglos, solo que ahora son miles los que acotan el paso entre risas y jaripeos, intentando enfurecer al toro, que corra, que persiga, que dé pretexto para matarlo. Usted sabe que ya no está

TLACOGORE

Magali Velasco

permitido que les den aguardiente a los novillones antes del embalse; que ya no está permitido que les mutilen una oreja, retuerzan el rabo, les hagan cortes en el lomo, los quemem con cigarros o los golpeen con lo que encuentren. Sin embargo, usted sabe también cómo es esto del hombre frente a la bestia. Los papeles se cambian y el toro no encuentra salida, es él el perseguido sin posibilidad de escape. Ese 1 de febrero las cosas parecían transcurrir como cualquier año, quizá más gente aún, quizá más calor porque acababa de pasar el norte. Estábamos listos para recibir a los invitados: los hoteles con sus sábanas almidonadas y bien planchadas; las mujeres de la cabalgata tenían listos sus vestidos de jarochas, las joyas lustradas, las peinetas y abanicos limpios y dispuestos; se llenaron al hartazgo las bodegas y los refrigeradores de cerveza, se rellenaron los estantes con toritos de cacahuete (el clásico), de jobo y de guanábana. El día de la embalsada estaba atrincherado en mi tienda y desde mi portal veía correr mujeres y hombres, niños y adolescentes, pero no veía a los animales. “¡Ahí viene el toro!”, gritaban, y el parque desaparecía inundándose de personas vestidas de rojo. “¡Ahí viene!”, volvían a gritar, y todos desaparecían para empujarse hacia otro de los callejones. De pronto, dos toros adultos llegaron hasta los quicios de mi casa, la gente los circunda-

ba, yo estaba con otros cinco familiares y nos quedamos en silencio cuando vimos detenidamente a los animales: por los ojos se les escurría la sangre, no como si los hubieran dejado tuertos, no. Los toros lloraban sangre y parecía que nadie más que nosotros nos dábamos cuenta de esto porque el resto de la muchedumbre se empujaba y hasta ese instante distinguí que lo que yo creía era sudor o cerveza regada en las camisetas de la gente, en realidad era otro tipo de sustancia. Los toros me veían como pidiendo que les abriera la puerta, que los dejara entrar, que los ayudara. Un tipo fue hasta uno de ellos y de un solo movimiento, con sus manos como garras, le arrancó los testículos. Ninguno de nosotros lo detuvo y ahora me arrepiento. Ahí, frente a mis ojos, el animal fue atacado con un odio que chorreaba entre jirones de carne. Mi familia y yo intentamos salir, pero fue imposible esquivar la barricada que construí porque la misma gente se recargaba en ella. Pronto la iban a vencer, así que escapamos por la parte trasera de la casa. Nos subimos en mi lancha y dejamos Tlacotalpan hacia las tres de la tarde. Desde el río, el pueblo se estremecía, se escuchaban como gruñidos de cerdos en un matadero. Me parecía ver destellos disparados hacia el cielo, fuegos fatuos, láseres, no lo sé, era como si el pueblo entero despidiera humores. De pronto, los toros restantes aparecieron

en el muelle corriendo en estampida y uno a uno se aventaron al río. Detrás de ellos, la gente parecía posesa. Fue Chucho, mi primo, el que se dio cuenta de que los brazos y los rostros de la gente estaban embarrados de sangre. Fue mi tía Matilde la que al fin pudo comunicarse por celular con su comadre y ella le contó que frente a su casa habían descuartizado a unas muchachas y que nadie había apresado a los delincuentes porque eran como treinta. La comadre y su familia estaban encerrados sin posibilidad de ayuda, el pueblo era un caos, se escuchaban los gritos y las sirenas de las ambulancias pero no se veía nada. Entonces las otras tías, histéricas, me obligaron a huir. Yo no quería perder de vista mi casa, pero el pueblo estaba en descontrol absoluto, así que navegamos rumbo a Alvarado. Llegamos al puerto pasadas las siete de la noche. Durante el trayecto solo pudimos hacer dos llamadas más por celular, una a protección civil y otra a la misma comadre. Después nos quedamos sin señal, y cuando en Alvarado les contamos a los primeros que pudimos, se sorprendieron y esto nos provocó más terror: no estaban enterados de ningún disturbio. Incluso el reporte en los noticieros de radio y televisión fue que Tlacotalpan había vivido su tradicional embalse de toros con saldo blanco. La Cruz Roja reportó diez casos de auxilio a personas que por exceso de alcohol debieron ser canalizadas. Una muchacha sufrió connato de paro cardíaco por haber mezclado Red Bull con bebidas embriagantes, y esto último fue lo más escandaloso. Intentamos regresar pero no había taxis disponibles ni corridas de camiones. En Alvarado tenemos otros tíos y ellos nos dieron hospedaje no sin mirarnos con bastante sorna, burlándose sobre lo que consideraron fue una exageración de nuestra parte, pretexto



XVI. De la serie *Unus Mundus*.

para irlos a visitar y comer el famoso arroz a la tumbada que guisa mi tío Fermín Uscanga. La madrugada del 2 de febrero, el timbre del teléfono sonó. “Tlacotalpan se inundó”, fue lo que tío Fermín nos dijo.

—¿Qué cosa? —dije casi gritando.

—El ejército está controlando la situación. Parece que se tronó la presa, la margen del Papaloapan creció y se desbordó por el lado de *Tlaco* y ahorita allá es un desmadre, así que ni para aparecerse. —Mi tío se acomodó en la mecedora y le pidió a su esposa que hiciera café, para esperar noticias. —Nosotros vamos a estar bien.

Las tías comenzaron a llorar, a sacar la imagen de la Candelaria, el rosario y las veladoras. Tía Matilde berreaba culpando al padre Armando por haber querido casar a la sagrada madre, le echaba la culpa de la inundación por semejante sacrilegio. Y es que resulta que a ese padre se le ocurrió, como estrategia conciliadora entre Alvarado y mi tierra (ambos pueblos han tenido desde siempre diferencias entre sí), casar a la Candelaria con san Cristóbal de Alvarado. Así que cuando el padre Armando propuso celebrar unas nupcias entre comunidades cristianas, no llegamos ni a la pedida de mano.

A las cinco de la mañana del 2 de febrero, me fui sin avisar. Caminé por Alvarado hasta que me encontré un taxi, y los únicos 200 pesos que traía se los ofrecí al chofer con la promesa de recompensarlo más tarde. A regañadientes me llevó hasta la entrada de la carretera de mi pueblo. Había un retén militar, y por más que expliqué y mostré mi credencial y supliqué, los hijos de la chingada no me dejaron continuar. “Tlacotalpan está en máximo estado de emergencia y usted”, me dijeron los putos, “no insista porque nos lo llevamos”. Desde el retén no alcanzaba a ver la situación verdadera, solo escu-

ché dos o tres disparos perdidos entre graznidos de tordos; me pareció percibir también un grito pero no sabría... lo que sí es que yo no vi ninguna inundación.

Regresé con los tíos y hasta en la tarde intenté con mi primo Chicho entrar al pueblo con la lancha.

La Marina sitiaba el puerto. El silencio fue lo que más terror me dio. Usted ya sabe el resto. Las noticias, las imágenes captadas desde los helicópteros, el duelo nacional, las cifras de cuerpos encontrados, la cifra de cuerpos desaparecidos, los pocos que sobrevivieron, todo, a mi entendimiento, un espectacular montaje para tapar lo que realmente pasó. Y es que fue el maldito gobierno. Ellos inventaron lo de la inundación para desaparecer a la gente que se contagió con los toros. Los animales traían alguna enfermedad; si no, ¿cómo fue posible que hombres y mujeres parecieran rabiosos, hambrientos? Estoy seguro de que fue una epidemia que arrasó con todos. Fíjese, los francesitos, pues ni los cadáveres hallaron.

Todo es raro, la vida es rara, qué más le puedo contar.

Ahora usted viene y ve las calles y las casas pintaditas y haga de cuenta que aquí no pasó nada, ¿a poco no? Nadie creería lo que la comadre vio. Nadie creería cómo quedaron los muros del palacio y el de las dos iglesias embarrados de vísceras y sangre.

Y Rosino Uscanga Juárez tenía razón. Su relato era inverosímil; me pareció que durante toda la entrevista se burlaba de mí. Sin embargo, un nerviosismo en sus manos me dejó perplejo. El pueblo, por fuera, en sus fachadas, parecía el mismo Patrimonio de la Humanidad encantador y pintoresco. Pero una vez te asomabas a través de las ventanas o entrabas en las casas, como me lo permitió hacer Rosino, era evidente el deterioro y el abandono.

Rosino Uscanga me invitó a la terraza que da al río. Aún no entendía cómo era posible que estuviera frente al poniente siendo que al llegar al pueblo me situaba en dirección al sur. Es la forma del Papaloapan, la curva, me dijo mi informante, pero yo seguía con la brújula al revés. Me ofreció una cerveza para que disfrutara del atardecer y aunque el sol se disolvía en las antiguas corrientes del Papaloapan y nadie dudara de esa belleza, a mí no me conmovió ni un ápice; al contrario, sentí escalofríos como si me fuera a enfermar. Por último quiso mostrarme lo que juró, por el bien de su tierra, no dar a conocer a nadie. Frente a mí estaban impresas cuatro fotografías que entre el primo Chicho y él lograron capturar con sus celulares. Parecían montajes cinematográficos: gente como bestias arrancando con sus fauces lo que podían abarcar de otros; en la segunda foto, una mujer veía directo a la cámara de Rosino y en sus ojos encontré algo que iba más allá de la demencia, el hambre y la ira. Las otras dos fotografías fueron tomadas desde la lancha, solo se distinguía un muro de figuras humanas bañadas en lodo y sangre.

Salí de Tlacotalpan al anochecer. Por más que traté de disuadir a Rosino para que me diera al menos una de las fotografías, fue imposible. Me llevo su historia, las imágenes y una lista, en efecto, de irregularidades que a lo largo de mi investigación he encontrado respecto al caso de la supuesta inundación y los más de mil muertos que dejó. **LPyH**

Magali Velasco (Xalapa, 1975) es autora de *Vientos machos, Tordos sobre li-las, Vientos machos y otros cuentos, El cuento: la casa de lo fantástico, El norte de Bruguel* (con Gerardo Vargas) y *Rodrigo y el Gran Elefante* (ilustraciones de Leticia Tarragó).